



SAN JOSÉ DE COSTA RICA

# EL FÍGARO

REVISTA DOMINICAL ILUSTRADA

Año IV

8 Y 15 DE MAYO DE 1910

NÚMS.  
160 Y 161



LIC. DON RICARDO JIMÉNEZ OREAMUNO

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA



# "EL FIGARO"

REVISTA DOMINICAL ILUSTRADA

DIRECTOR PROPIETARIO,  
C. H. PRESTINARY

OFICINA:

CALLE 4ª SUR, FRENTE AL BANCO DE COSTA RICA  
APARTADO NÚMERO 788

COLABORADORES:

RAFAEL VILLEGAS, - - - E. CALSAMIGLIA,  
LISÍMACO CHAVARRÍA.

COLABORADOR ARTÍSTICO:

LUIS LLACH LL.

ADMINISTRADOR: VÍCTOR POLINARIS

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

SE PUBLICA

LOS CUATRO PRIMEROS DOMINGOS DE CADA MES

## CONDICIONES:

Suscripción por un mes. . . . . ₡ 1-00  
Por un año adelantado . . . . . ₡ 10-00  
Número suelto. . . . . ₡ 0-25  
Número atrasado. . . . . ₡ 0-50

Para los demás Estados de Centro América  
y el Exterior  
el 50 % en oro de los precios anteriores.

## Destellos de crónica

La Tierra Santa lo fue por el dolor: los crueles padecimientos bárbaramente humanos á que allí fue sometido el hijo Dios, constituyen la esencia y condición de aquella santidad, perpetuada por un sepulcro, un lago, un río y varios sitios de la montaña y de la ciudad donde Jesús dijo alguna de sus parábolas, ó predicó sencillamente sus doctrinas, ó fulminó aquellos severos actos que fueran su indignación viva contra la mentira, la hipocresía y la farsa.

Con este pensamiento entrábamos á Cartago al siguiente día del terremoto que la destruyó totalmente—4 de mayo en curso—yendo con la cabeza descubierta movidos por esa solemnidad misteriosa é irresistible que hace bajar los sombreros á la vista de todo cadáver.

La vieja ciudad yacía como un enorme muerto sepultada entre sus propios escombros. La única palpitation que animaba el atroz espectáculo era el lamento que arranca desde el corazón de quienes de veras sufren, ó el quejido de la carne dolorida.

Largas calles borradas por la grosera y torpe mano de alguna fuerza tan poderosa como traidora se ofrecían, en medio de la llovizna, ante la vista desmayada.

Las fisonomías estaban selladas por el dolor y era de notarse la inmovilidad de expresión que traía á la memoria, lo mismo en las damas que en los varones, la impasible fijeza que tienen las estatuas. El ánimo de aquellas víctimas parecía asimismo petrificado, y costaba trabajo insinuarse para conocer los detalles de la catástrofe.

\*  
\* \*

Reinaba la confianza el día anterior: ciudadanos y ciudadanas se disponían á abandonar la habitación confortable y maciza á trueque de la tienda ó de la barraca mal acondicionada y expuesta al frío; y quizás soñaban con el sabroso reparo del descanso, en el instante en que de un golpe fue lanzado hacia arriba el asiento de la vieja capital para caer junto con todos los edificios. Como un cañoneo espantoso se oyó por todas partes rendirse pesadamente las paredes, los techos, las torres, al tiempo que bajo el suelo un solo y prolongado retumbo añadía pavora, si es dable en medio de tanta confusión y espanto, como si fuera la airada voz mensajera de la cólera divina.

Luego no dan cuenta de más: son las comisiones organizadas aquí y en otros lugares de la República quienes han acudido presurosas á

Rafael Angel Troyo EL FIGARO

5

preciso consagrar especial nota al infortunado literato y amigo don Rafael Angel Troyo.

El arte dominó todos sus entusiasmos: por él fue escritor; á su servicio construyó un precioso chalet donde alguna vez hallaron franco alojamiento otros enamorados del ideal;

hondos sentimientos de padre—tenían por eso un doble carácter y puesto en el alma sensibilísima de Troyo: carne de su carne á la vez que emblema y reflejo de su devoción por el ideal vivo que tuvo la ventura de encontrarse en su corta peregrinación por la tierra.



LIC. DON CARLOS M. JIMÉNEZ

SECRETARIO DE ESTADO EN EL DESPACHO DE GOBERNACIÓN

por el Arte amó: su dulce y hoy abatida esposa, circundada por los destellos de oro de su cabellera, animada de la ternura soñadora con que supo comprender é interpretar las exquisiteces de aquella alma de artista, respondía á la visión y al anhelo que informaban los patrones de belleza del cariñoso compañero.

Sus hijitos—pobres huérfanos que no oirán más las inspiraciones musicales con que solía traducirles sus

Aunque nació rico, no tuvo el desprendido discípulo de las musas las facultades que acrecientan é inducen á atesorar. Lo principal era para él la mina de sus sentimientos, más finos que el oro y más brillantes que todos los metales.

La noche del gran desastre había salido para escuchar la música religiosa con que se solemnizaba cierta fiesta de iglesia, y una pieza de calicanto desprendida de las torres vino



á abatir para siempre jamás aquel cerebro privilegiado. Parece que el Destino hubiera escogido de propósito para llevar la muerte á esa personalidad sobresaliente el trozo que siempre estuvo en lo alto, mirando las transparentes fulguraciones del cielo cartaginés.

Descanse en paz el amigo!

\* \*

San José ha tenido gran pena en el momento preciso de llorar el infortunio de los hermanos cartagineses.

Es la muerte de doña Ada viuda de Fernández.

No habría tardado un minuto, si la dolencia lo permitiera, en ponerse frente de los más animosos é inteligentes socorros enviados á Cartago. Pues era doña Ada un ángel de caridad verdaderamente: no hay recuerdo de fiesta para pobres y desvalidos, ni de empeño que tendiera á aliviar el mal del prójimo, donde ella no tuviera puesto preferente.

Su inteligencia organizadora y bondad ilimitada, consagraban su jefatura para estos casos; y siempre trabajó sin ruido ni ostentación, buscando sólo para sí esa frescura de la conciencia, ese bienestar apacible de los que han hecho el bien.

Las obras de beneficencia le deben árido y tenaz contingente, entre ellas el Hospicio de Incurables para cuya terminación puso todos los esmerados esfuerzos de que era capaz. Hace dos años apenas, obtuvo rentas para ese Asilo, y si bien son insuficientes, á lo menos han servido para entretener á los pobres más infelices de la tierra, los pobre viejos y enfermos.

Con respeto infinito para esa obra meritísima y con anhelo de que sea perpetuada por sus familiares, dignos sucesores de tan altas virtudes, séanos dable colgar modestamente nuestro ramo de siemprevivas en el túmulo de la ejemplar matrona.

FRADIQUE MENDES JR.

## El Poder Ejecutivo

Hemos querido ofrecer á nuestros lectores el retrato de las personas que hoy forman el Poder Ejecutivo.

No es preciso hablar del Presidente de la República: conciencia altiva, antecedentes limpios, energía intelectual de primer orden. Eso todo el mundo lo proclama en Costa Rica, y con fe en tan eminentes condiciones, los amigos al igual de los enemigos, esperan mucho bien de la Administración que se inició el ocho del presente mayo.

\* \*

Los colaboradores del señor Jiménez han sido escogidos entre lo más saliente y esforzado de su partido. Quizás demasiado jóvenes como objetan algunos, dos de los nuevos Ministros, Jiménez (D. Carlos María) y Castro Quesada, han dado muestras inequívocas de su competencia para las tareas de gobierno; y si bien la preparación pudiera hacerles falta, el caso es que por un lado tendrán la constante inspiración y experiencia del Jefe del Poder, y por otro, creemos que el propio esfuerzo y las naturales condiciones sobresalientes de los jóvenes que han tenido tamaño honor, los han de capacitar en breve para conllevar las responsabilidades de su destino.

El mismo Presidente Jiménez comenzó su vida pública temprano; y esto lejos de ser inconveniente, tiene demostrado al país que cualesquiera errores menudos pueden disimularse á un hombre, cuando tiene personaería y fuerza bastantes para servir eficazmente los intereses generales, á cambio de que se aprovechen de una vez sus servicios, y se le ponga desde luego en el carril de la práctica, donde viejos y jóvenes se ven de todos modos constreñidos á pagar el noviciado.

Por cierto que esta nota de la historia personal del señor Jiménez es alentadora para todos aquellos jó-



ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

SUBSECRETARIO DE ESTADO  
ENCARGADO DEL DESPACHO DE FOMENTO



ENRIQUE PINTO

VICEPRESIDENTE DEL PODER LEGISLATIVO



JOAQUÍN FERNÁNDEZ MONTÚFAR

SECRETARIO PARTICULAR  
DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA



## Nota de la Redacción

Nuestros lectores se servirán hacerse cargo de las dificultades actuales para la Empresa de EL FÍGARO.

En este instante sólo hay energías, si algunas quedan, para sentir y llorar la desventura de nuestros hermanos cartagineses; y hasta el contingente del sol, indispensable para las

ilustraciones que ofrecemos al público, se nos ha negado.

A fin de ponernos en orden con los abonados y lectores nos ha parecido mejor reunir dos ediciones en una extraordinaria, que es la presente.

## El terremoto de Cartago

Las vistas que se incorporan y constatan los resultados del terremoto del día cuatro, son apenas como el esqueleto de los horrores que un instante vivieron los cartagineses. Les falta la vida en efecto, el pánico, la consternación, el llanto; los gritos desesperados de quienes en un instante se hallaron sumidos á la profunda oscuridad material y á la incertidumbre más profunda de salvarse ellos y de que se pudiesen salvar los suyos; faltan en esos paisajes de aterros y desequilibrio, las ansias inenarrables de los que iban muriendo entre polvo asfixiante medio aplastados por vigas ó por muros: no se ve el mundo de dolor, los pensamientos surgidos de la extensa po-

blación para elevarse, como mensajeros de angustia, hacia la misericordia de Dios.

Esa intensa vida se borró para nunca, y apenas si los testigos de ella se dan cuenta hoy, abrumados, anonadados por tan tremendo espectáculo y suceso.

No es posible que intentemos siquiera detallar nuestra información gráfica: esos sitios hoy vacíos y que sin embargo han adquirido una infinita fuerza sugestiva, deben ser contemplados, como nosotros lo hicimos, con el religioso acatamiento que el Dolor infunde á todo espíritu que no adolezca de irremediable superficialidad.

## CARTAGO

Cartago era algo más que una ciudad bella y admirablemente situada para la perspectiva y para el clima. Era como la ciudad sagrada de la India, como la ciudad sagrada de los Musulmanes, como un templo de la Historia, como la cuna de una vida noble y alta, que ahora, que ella parece que muere, puede precisamente recomenzar en Costa Rica.

Yo no he querido ver su ruina; me conmovió demasiado; pero prometí, de antemano, alzar mi voz en la gran fiesta de su reedificación futura, cuando se piense en levantarla de nuevo, con casas ligeras, sencillas, de un solo piso, de madera y de hierro, amplias y hermosas, — que puedan solamente mecer los temblores, — y que puedan constituir una maravilla de hermosura. Yo iría ¡y cuántos otros! — á colocar una piedra de los nuevos cimientos.

El pueblo de Costa Rica acaba de demostrarlo: este pequeño país — fuera de ciertas comunes condiciones con Chile, — forma una entidad singular en América. Sus labriegos, de hermosura escultural y carácter recio, recuerdan, en ciertos conceptos, gallardos tipos del pasado, y prometen, en otros, una América nuestra que mire sin alzar la vista á cualquier otro pueblo de los que viven en el mundo.

Modestia, rectitud, frugalidad, — obstinación en lo verdadero, diría Hugo, — y renazca Cartago, como

símbolo y centro de la vida noble y honrada que puede dar á este pueblo laurel que refresque con sus hojas la frente sudorosa del trabajo.

«Al morir el último de los Gracos, —dijo Mirabeau,—arrojó polvo al cielo, y de este polvo nació Mario»... Cae Cartago cuando su tradición bella y altiva se encarna en nuestra vida: reconstruyamos á Cartago.

De todos modos, guardaré de ella un recuerdo indeleble: como nido de águila en lo alto, con su aire hasta cierto punto rudo para la molición, con sus casas anchas, con sus calles limpias, con no sé qué de nobleza en su aspecto, que levantaba el corazón...

Si no ha de ser más que un recuerdo, — será siempre, para mi contemplación, una memoria sacra.

La vida tiene muchas grandezas distintas: — hay la edificación soberbia, hay el monumento alto, hay el alcázar dorado, hay el arte hechicero, hay la sinfonía maravillosa, hay el cañón tonante y el acero reluciente, hay las empresas colosales y los toneles de oro, — aun ayer hubo la Roma conquistadora que tuvo el mundo en el hueco de su mano; — pero ninguno de esos espectáculos supera en racional encanto el de un grupo de hombres honrados y trabajadores que miran á la Tierra sin miedo y al Cielo sin rubor.

—¿No significa eso Cartago?

A. ZAMBRANA



## CATÁSTROFE DE CARTAGO

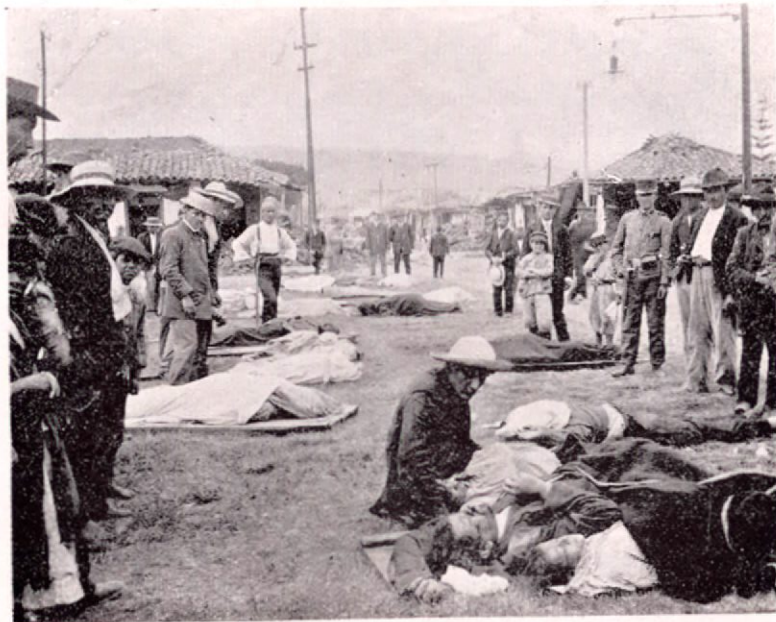


Vista del edificio de la Corte de Justicia Centroamericana completamente destruido por el terremoto

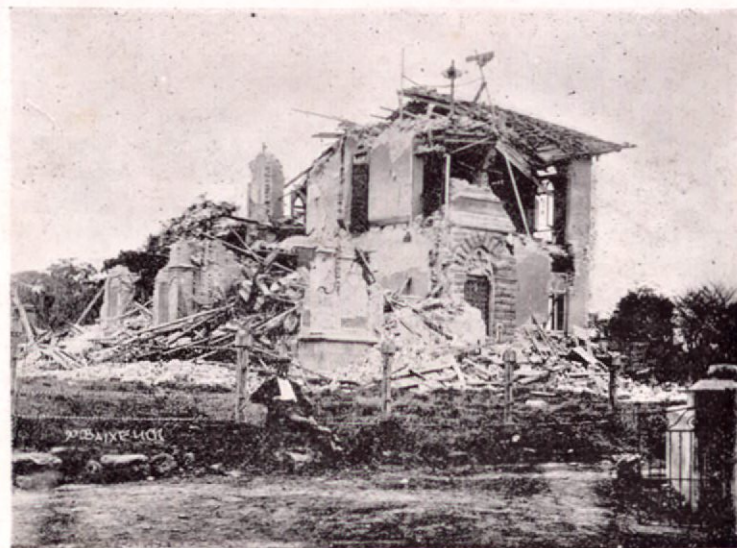


Ruinas de la Iglesia del Carmen

## CATÁSTROFE DE CARTAGO



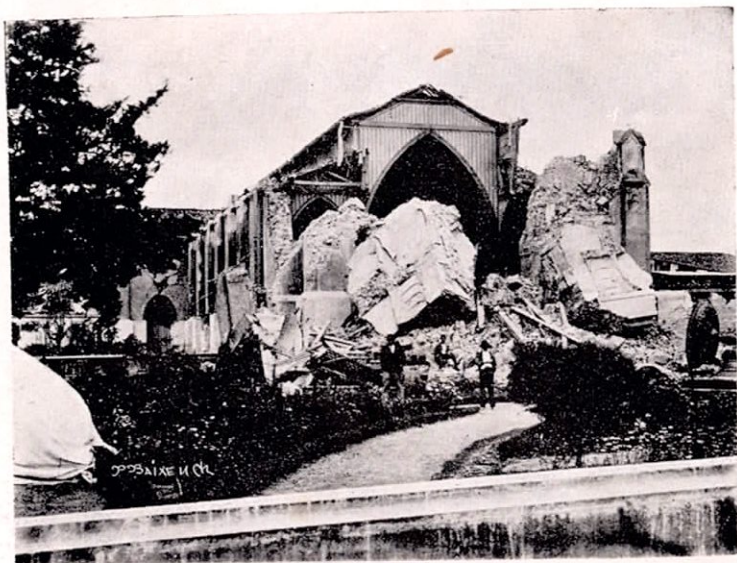
Escenas conmovedoras durante la identificación de los cadáveres



Ruinas del chalet de don Rafael Angel Troyo



## CATÁSTROFE DE CARTAGO



Ruinas de la Iglesia de San Nicolás

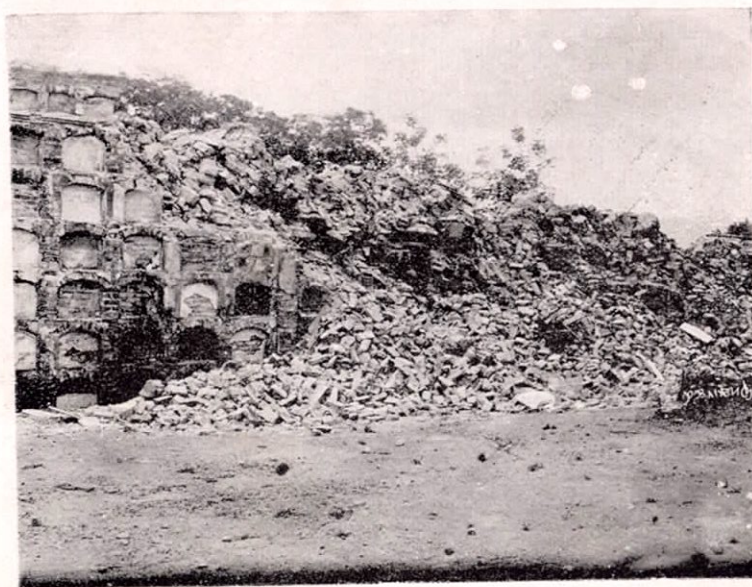


Acto de la inhumación de las víctimas del terremoto

## CATÁSTROFE DE CARTAGO



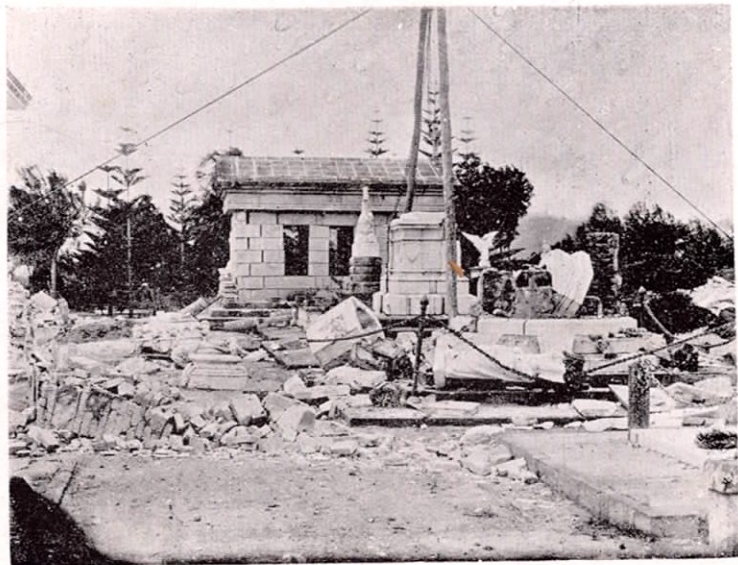
Ruinas del palacio de la Corte de Justicia Centroamericana



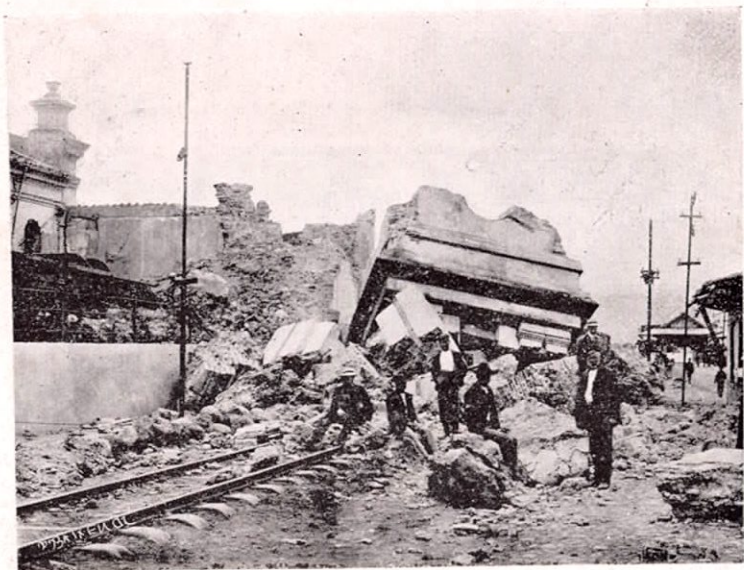
Destrozos causados en el Cementerio



## CATÁSTROFE DE CARTAGO

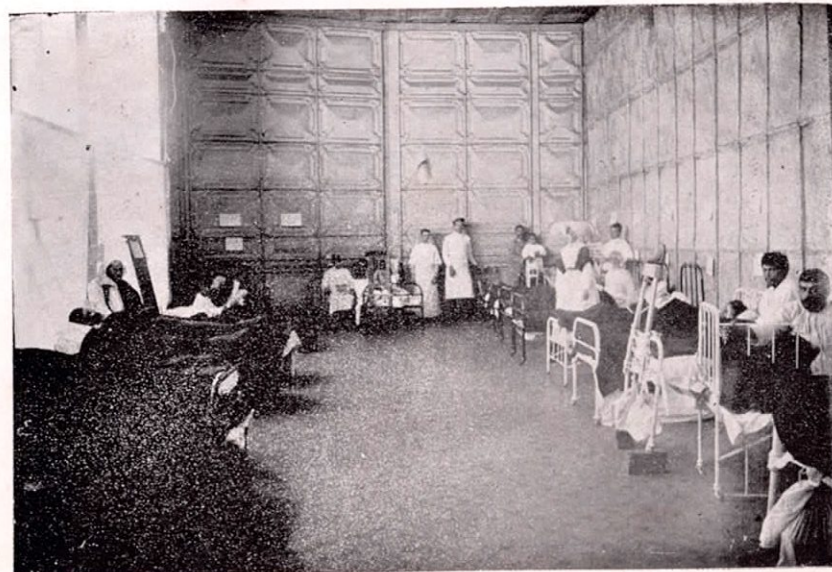


Destrozos causados al mauseleo de doña Anacleto Arnesto

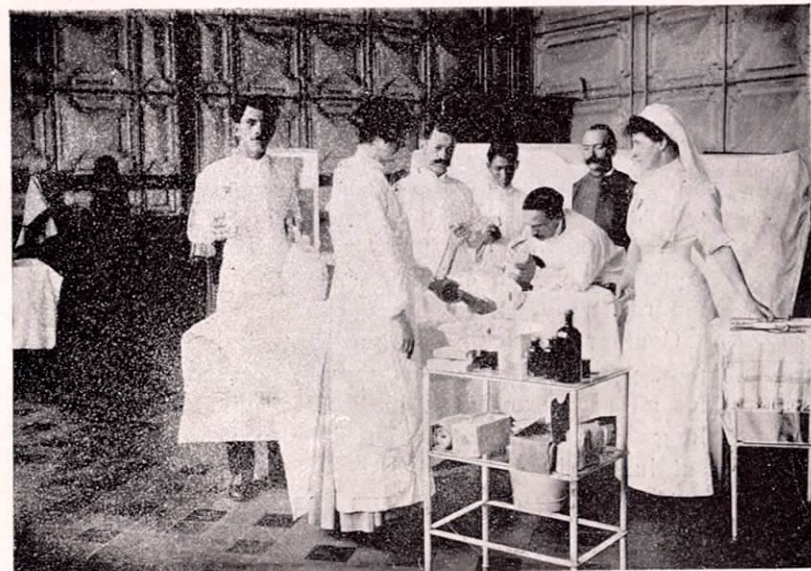


Torre de la Iglesia del Carmen caída sobre la vía del Ferrocarril de Costa Rica

## DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE



Uno de los salones del Hospital de Sangre establecido en el Edificio Metálico



Acto de operar á uno de los heridos asistido en el Hospital de Sangre



## La Catástrofe de Cartago

¿Dónde está Cartago? ¿Qué se hizo aquella ciudad rica y floreciente donde las guarías blancas se abrían espléndidas bajo el azul del cielo, donde las mujeres bellas reían con la gracia de una puesta de sol sobre montañas hermosas?

Viajero, ese montón de ruinas que llena de espanto y de tristeza vuestro espíritu, eso fue Cartago.

Sí, una noche, una noche espantosa, la trompeta enorme del destino sonó fúnebremente y aquellas casitas alegres que anidaran como garzas á los pies de sus montañas, rodaron en escombros heridas por la misteriosa mano de un cazador invisible que quiso quedarse con el encanto de sus galas.

Allí, entre los escombros siniestros, asoman manos desesperadas que piden auxilio, se oyen gemidos desgarradores de pechos que mueren de asfixia.

Allí hay ancianos que tiemblan de frío, niños que mueren de hambre, madres que lloran de dolor...

Hermanos..... corramos, vamos á abrigar á aquellos niños, á enjugar el llanto de aquellas madres.

Compartamos con ellos nuestro techo y nuestro pan, porque si en su cielo azul, se amontonan los nubarrones oscuros de la desgracia, aparece luego y los deshace el sol tibio y cariñoso de la sublime caridad.

LUIS DOBLES SEGREDA

## LA TRISTEZA DE LA LUNA

UN imponente silencio llenaba el Monte-Calvario. Los soldados con las pesadas lanzas en las manos, contemplaban mudos la agonía del Nazareno, que bañaba en albas claridades el crepúsculo muriente...

Al pie del ensangrentado madero, dos samaritanas lloraban con desesperante dolor.

Una cálida brisa traía de los huertos lejanos, un olor á mirto y á rosas.

De entre un grupo de oscuros olivos sombríos, brotaba el lastimero gemido de una paloma.

El Mesías volvió sus ojos suplicantes hacia el cielo;... que triste, y que solo, estaba ese cielo!... Sus labios marchitos musitaban una oración.

Las mujeres lloraban.

Un ciego que pedía limosna en nombre de Dios, aseguraba haber visto en esos momentos, rodeado de deslumbrante aureola, la humilde figura del Mártir Redentor. En los labios del sabio Maestro floreció una dulce sonrisa; su cabeza de luengos rizos, lánguidamente se inclinó á un lado, y una palidez intensa cubrió su rostro después...

De pronto se sintió la tierra vacilar;

una inmensa y negra sombra descendió invadiendo el Planeta: la tierra se movía como la ondulante superficie del mar; de lejos llegaba el eco pavoroso de terrible tempestad,... y en el infinito espacio, negro, negro, culebreando ondas

de fuego, á cuyos siniestros resplandores, se veía el albo cuerpo del Redentor de una blancura de nieve que manchara la púrpura.

Los hombres, locos, gritaban poseídos de pánico, y corrían con los brazos abiertos sin saber adonde. Luego, cesó el espantoso ruido de la Naturaleza, y de nuevo apareció en oriente la desmayada luz del sol que se ocultaba.

Y en el cielo, y entre las nubes plúmeas que va-

gaban, surgió la luna esplendorosa y bella, la luna que era como una enorme violeta de celeste luz y al inclinar su faz hacia la Tierra, vió en la cumbre del alto monte, al Cristo exángrüe que en la cruz colgaba, y al verlo muerto, fué su tristeza tan grande, que desde entonces, pálida y melancólica vá por el inmenso cielo como una viuda inconsolable...

RAFAEL ANGEL TROYO



RAFAEL ANGEL TROYO  
MUERTO EN EL TERREMOTO DE CARTAGO



## Tardes Campestres

Tiende la tarde  
fúlgidas gasas,  
finge Occidente  
rojiza fragua;  
dejan la vega  
todas las garzas  
batiendo al aire  
sus níveas alas...  
Semeja el barrio  
verde guirnalda;  
¡de aves y flores  
feliz morada!

\*\*

Allí en la hondura  
canta que canta,  
corre un torrente  
como de plata,  
y en las riberas  
deja en su marcha,  
blancos encajes  
de espumas blancas.  
Allá una choza  
de hojas de caña  
semeja un nido  
bajo las ramas  
que tiende un árbol  
con flores albas,  
y de un trapiche  
crujen las mazas  
con ruido ronco  
cual de matracas.

\*\*

Ya de la ermita,  
sonoras llaman  
con sus repiques  
ledas campanas;  
para el rosario  
las viejas pasan,  
y por la calle  
van cabizbajas.

\*\*

Los mozos tornan  
de sus labranzas

y al hombro llevan  
lucientes palas,  
y los coloquios  
que con Nazaria  
tuvo en la fuente,  
noche pasada,  
cuenta á Norberto,  
en tosca charla,  
un mozo imberbe  
de piel tostada.

\*\*

Allá un muchacho  
junto á una tranca,  
entusiasmado  
toca dulzaina;  
más lejos se oye  
alegre danza  
que alguien preludia  
en su guitarra.

\*\*

Por un sendero,  
una muchacha,  
viene cantando  
de la quebrada,  
en la cabeza  
ostenta ufana  
un lío blanco  
de ropa blanca,  
y en la cadera  
una tinaja,  
que con el brazo  
tiene y abraza.

\*\*

Allí una vieja  
con voz cansada  
le da consejos  
á Nicolasa:  
moza del barrio  
muy vivaracha  
que á quince abriles  
está ya entrada;  
con voz muy queda  
le habla la anciana;

dícela cómo  
el Diablo engaña  
á aquellas niñas  
no recatadas.  
—Nosíds zorenca  
ve lo que á Juana  
le ha *sucedío*  
con Lucas Parra;  
¡si son los hombres  
el *mesmo Patas!*—  
Dice la abuela  
á la muchacha.

\*\*

Cesó el rosario,  
las viejas pasan...  
van por la calle  
cual sombras vagas...  
El Sol se oculta  
tras las montañas,  
y al fin la tarde  
lenta se apaga...  
Los pajarillos  
en la enramada  
dan á la noche  
su serenata;  
los campesinos  
vanse á sus casas  
y satisfechos,  
en toscas bancas  
cenan alegres  
queso de vaca  
y albas *tortillas*  
bien aliñadas.

\*\*

Así concluyen,  
llenas de charla,  
de nuestros campos  
las tardes plácidas,  
las tardes bellas  
que el Sol esmalta  
con sus pinceles  
de rosa y nácar.

LISÍMACO CHAVARRRÍA

## El rosal de tío Abelardo

I

El primoroso pabellón eleva sus lujosas habitaciones en el extremo del jardín, donde aparece medio velado por la vegetación que lo envuelve acariciándolo con sus numerosas ramas.

La luna cuela su medrosa luz por entre las corpulentas *damas*, y no aparece el pabellón sino como un manchón gris coronado de picas.

En uno de los costados, cuando el viento sopla y el ramaje se aparta, se ve una ancha ventana en la cual escapa un rayo de luz, que, peleando con la oscuridad, titila entre la enramada.

El perfume es delicioso: la lluvia regó la tierra, reverdecio las plantas y desapareció filtrándose en el suelo; cambió su celeste palacio por una negra habitación en las capas terrestres.

A intervalos se oye, con el zumbón del viento, como una lluvia de guijarrones que aporrean al suelo: son las gotitas de agua que se quedaron temblando en la extremidad de las hojas, y tiritando, al fin rodaron sobre el menudo zacate.

Una alta verja de hierro formada de lanzas y rosetones de hierro envueltos en torzales de enredaderas cuajadas de azuladas campanillas y otras florecitas, rodea el jardín.

No era aún tan adelantada la hora que tuviese que marcharse enseñuada. Pero entre tanto pensaba:

—Si llego temprano, espero; si tarde, espero; y por fin, de tanto esperar, desespero... Mas es tan linda, me quiere tanto, que bien vale el trabajo que uno se toma por ella... ¡Qué aventuras estas mías: son mis sueños de romántico!

Un ruido de pasos resonó en la umbría...

No podía ser otro que Abelardo, el tío Abelardo quien desde antaño servía en la casa y que no se echaba en su cama antes de darse una vuelta por el parque para ver el par de pichoncitos.

Con cauteloso paso se acercó al desconocido, que, sentado en un po-yo, monologaba á la vez que tenía clavada la vista en la iluminada ventana.

—Don Jorge, es usted?

—Sí, soy yo, que como siempre me paso la vida esperando... Sí desde que amo espero. Probablemente moriré ya sin esperanza por habérmela gastado toda en el trascurso de mi vida.

—Calle V., calle V., doña Antonia mata el tiempo allí, enfrente, con la niña. Ahora, hablando quedo, ¿por qué se queja tanto? Bien dicen que cuando más se tiene tanto más se quiere. ¡Ojalá estuviésemos todos tan mimados de la señora Fortuna como su excelencia!

—Puede que sea de la suerte, mas no de la dicha, como dijeron.

—Oh...! De las dos tiene y le sobra. Sin embargo se queja.

Un mocito de diecinueve años al que apenas apuntan pelos de barba; con una envidiable fortuna, inteligente y con esa cara...

—Lo que quiera tío Abelardo. ¿Pero qué sacamos con todo eso si no le ama á uno la chica de sus ensueños?

—Vamos, vamos, que es descontentadizo el señorito. La niña, la niña de sus ensueños está que se muere por él.

—Y no me concede lo que la pido, agregó Jorge mascullándose las palabras.

El viejo, sin interrumpirse, siguió: —Sólo la madre... Pero como usted triunfará de ella también, porque yo lo sé...

Luego, don Jorge, á usted, para llenar su corazón, le cuesta saltar la verja del jardín, que hasta yo y mi perro le queremos. Después, dos minutos, y la señorita con usted.

—Sí, conmigo; y usted ¿caso nos deja solos?

—Bah! Pues no había más sino dejarlos á solas. Los dos son muy jóvenes; á los dos quiero bien. Estando en autos, oliscando las cosas...



¡Escrupulillos de conciencia, porque no vaya á suceder que se echen en brazos del cariño y resulte un lío tamaño, así. En fin, que el amor que camina á pasos de gigante en la llanura, ni qué satisfacción habría de darles, cuando más bien el hombre persigue siempre con ahinco aquello que le hace valla.

—Oh, desconfía! Tiene razón, pensaba; pero por más listo que andes he de burlar tu vigilancia.

—Y qué se ha de ser! Perro viejo conoce al amo y no desampara la casa.

—Nos dejará solos, hoy, Abelardo; un momento, un segundo?

Su presencia turba nuestras almas.

—Allá lo veremos.

El palique hubiera continuado suplicante, cuando un ligero roce de faldas y un rumor de pasos y de respiración fatigosa, dicen á Jorge: tu amada está allí.

—¡Lástima que no puedan casarse esos chicos! exclamó el viejo á la vez que se disparaba tras el rosal.

Era aquel un rosal al que habían dado tanto mimo que se engalló pronto, muy vestido de follaje, y regaló al jardinero con las más galanas y fragantes rosas de todo el plantío. Haciale de espaldar á un verduoso asiento de piedra labrada, colocado á la orilla de la pedriza.

Sacó el tío Abelardo su enorme pipa, encendióla y sin cuidarse de la húmeda verdina del poético escaño, se sentó en él acariciándose la barba y enfilando ojeadas de lince á través de boscajillo.

—¿Jorge, cómo estás?

—Ya me ves, ansiándote siempre, como que sin ti no es vida la que tengo. Supongo habrás ya rezado con tu mamá y no será ese el pretexto de hoy para que me plantes en medio jardín con la tristeza en el alma.

—Hoy hemos rezado temprano, en la iglesia.

—Y no te ocupaste en avisarme?

—Cómo había de hacerlo, si fué una repentina disposición de mamá...

—Pero no murmures. No te reconvengo, pues...

¡Cuánto te amo!

—Y yo que hago por tí lo que nunca había imaginado... ¡Bajar aquí á buscarte al jardín! Verdaderamente no me conozco. ¡Si mamá lo supiese...! No quiero ni pensarlo, me voy ya.

—Ay, no! No te vayas; apenas si has llegado.

La niña, á tiempo que Jorge la asía por aquella delicada cinturita y la atraía hacia sí, continuó:—Pero mamá se tiene la culpa con sus ridiculeces. De otro modo ella sería mi amiga; nada se le ocultaría.

—Acércate, bien mío, sentémonos aquí. Dame ahora un beso, uno solo.

—No, no. Y la joven temblando, forcejeaba débilmente.

El viejo se extremeció, y con un gran esfuerzo le salió de la hoyada del pecho una tos estentórea. El perro, asustado, gruñó. Jorge soltó la niña y ésta escapó como un pajarillo al que abrieran la puerta de su jaula, luciendo al correr una greca de cabellos resplandecientes á la luz de la luna.

Un momento después cerraban lentamente la ventana que poco antes arrojaba tan viva luz desde el edificio; y se oyó el golpe seco de un cuerpo que caía en la acera, al otro lado de la verja del jardín.

## II

La noche oscura, el viento silba mecendo los verdes encajes de la arboleda, y en la pila, adorno del jardín, se oye el monótono glic, gloc, glic, del incesante gotear de la fuente. No se da un paso sin tropezar con algo.

—Pero hoy, ni luz en la ventana. Allá se mueve algo como una culebrita de fuego... El mismo tío Abelardo que nunca nos desampara.

—Don Jorge, don Jorge.

—Hola!...

—Y qué cálculo tienen los enamorados, mire usted como andan: lo mismo que si se hallasen en terreno propio, llano. Eso sí que se quieren

muy bien. Voy á alumbrarle, no suceda se rompa la cabeza en un estorbo de estos.

—Gracias. ¿Saldrá ella temprano hoy?

—Yo no sé pizca de eso. Supongo que sí.

—Abelardo, un favor; déjenos hoy en paz, solitos.

Gruñó el viejo, y cambiando de conversación, requirió su linternilla y miró para todos lados. Tengo encargo, dijo, de la señorita, de poner luz en el jardín. No me dijo para qué. Verdad que necesidad no hay, pues yo bien me lo sé. Ignora que velo sus amoríos como...

El guardián de la honra de la familia fué interrumpido por su compañero.

—Han abierto la puerta; desde aquí se ve la claridad: ¡es ella, ahí viene!

—Me voy, pues, señor. Y diciendo y haciendo se retiró Abelardo á su rosal, como de costumbre. Se colocó de manera que podía bañar con los rayos de su sorda linternilla, á la feliz pareja. No encendió como otras veces su pipa. Y renegando del negro pabellón que envolvía á Natura, se puso como gato en acecho; no para oír, mas para ver.

—Jorge, estas venidas, oh! estas venidas! Tú no sabes que me cuestan. El mejor día nos pillan y..... ¡Adiós!

—No te aflijas, ya brillará mejor día para nuestro amor.

—Pero verdad que me amas mucho?

—Muchísimo.  
Tomóla Jorge por las miniaturas de mano y acariciaba entre las suyas aquella piel tan suave, temblando. Luego.

—Dame un beso, la dijo, en pago de lo mucho que sufro siempre que no te veo.

—No me pidas lo que aun no puedo darte.

—Que no puedes! Bien sé yo lo contrario. Sólo que no me ames?

—.....Bah! Lo dices porque bien convencido estás de que te adoro.

—Pues entonces... La otra noche huíste, me burlaste. Después, un pretexto, el miedo...

—¿Te burlé? ¡Por Dios, no me exasperes, Jorge!

—Lo olvidaremos todo, pero dame un beso, uno sólo. Y el joven la abandona una mano para atraer por el tallo á la niña.

Una fuerte claridad se derramó sobre ellos.

—¡Nos han cogido!!, gritó la joven y dejó al novio con el beso en los labios.

Era el tío Abelardo, que cuidadoso de la dicha de sus protegidos, abría su linterna y les arrojaba todo el haz de rayos de que era capaz, mientras le venía el acceso de tos, aquella descomunal.

Dos segundos después el mismo Abelardo alumbraba nuevamente el camino á Jorge, el cual andaba fosco á pesar de que el buen viejo le ponía en seguro con la bondad que le caracterizaba.

## III

El segundo capitán del ejército de días del año, febrero, se emperejila con unas noches tan claritas, con una luna en los límpidos cielos, que bien podrían competir con las afamadas noches venecianas.

Todo respira poesía en el jardín, hasta el cobertizo donde dormita el perro. La fuente dispara por su pico de garza un manojo de saetitas cristalinas que la púdica luna quiebra en el aire, por no contraer amores acá con la tierra, y las vuelve en pedacitos de colores á los flotantes miosotis.

Allí, sentado en el césped, está Jorge con la vista clavada sobre el postigo.

Esta noche habíale sido preciso al tío Abelardo salir. ¡Iban á estar solos!...

Los dos jóvenes, como ha tanto tiempo lo deseaban, se avistaron pues, sin testigos; y por un casual capricho, escogieron como punto de reunión, el rosal donde se apostaba



Abelardo para vigilar por la dicha de ellos.

—¿Me das el beso?

—No, mira...

—Dámelo; no te portes cruel. Estoy por creer que no me amas: Desde cuándo me torturas! Oye, ángel mío, á tí no te cuesta nada y á mí me das un cielo! Es que esos labiecitos rojos me trastornan. Y Jorge la atraía á su pecho: los dos eran presa de un temblor nervioso.

Ya de vuelta el *tío* Abelardo, salió por el postigo á cumplir el cometido que se había impuesto para todas las noches y escuchó el acalorado murmullo; y pensó:

—Ya están ahí, que temprano! y se disparó á su rosal; pero él que llega y oye ese chasquidito tan dulzote que confunde dos almas. Y vió también unas vestiduras de mujer, que, flotando desaparecían por la umbría.

Aquellas rosas tan hermosas que embalsamaban el aire, aquellos capullos apenas abiertos en la mañana, habían desaparecido; sólo quedaba en la pedriza, una alfombra de hojas y pétalos marchitos.

Al mismo tiempo que se oía un ruido seco, el de un cuerpo que caía al otro lado de la verja, el *tío* Abelardo, compungida la cara y el alma, exclamó:

—¡Han deshojado mi lindo rosal!

C. GONZÁLEZ RUCAVADO

## Carta humorística

CUALQUIERA ENTIENDE EL INGLÉS

Nueva York, Febrero de 1910.

Señor DON FRUTOS TERROBA,  
En el Gredal.

Estimado amigo y paisano:

Después de desearle con toda el alma que este nuevo año en salud se le convierta y mucha prosperidad le traiga, paso á decirle que viendo yo que corren los días y ni una letra de

usted recibo, me fuí á la oficina de correos á preguntar si mi querido paisano don Frutos Terroba me había escrito; y ivayan á contarle á mi abuela eso de que aquí en esta tierra de gente acaballada, hay pizca de cortesía para con las personas! El idiota del empleado del correo me contestó que él no sabía quien era usted, por más que se lo pinté con todos sus pelos y señales; y para mayor claridad díjele que usted era del Gredal, á lo que me agregó que en su ruín vida había oído mentar semejante punto terráqueo ni semejante ciudadano. Díjele yo entonces que mi pueblo es de donde viene aquí el café que él y toda su casta beben todos los días, y que usted es persona de aquellas que andan en letras de molde en las gacetas, pues es nada menos que el Presidente del Cabildo, Mayordomo de Fábrica y otras yerbas; que en todas partes le conocen á usted, hasta en Roma, como que de allá le vienen camándulas benditas por su Santidad, y de París de Francia le mandaban á su digna señora (que Dios tenga en su santa guarda) los figurines de modas y *El Correo de Ultramar*. Pero el muy malcriado del hombre aquél me volvió la espalda y me tiró la ventanilla en las de mis narices. La verdad es que como ahora no tengo á mi primo para que me traduzca, como buen trujimán que es de esta condenada lengua, pues al muchacho me lo tienen embarbascado unas cuantas chicas de esas que bailan en el teatro con media vara de tarlatana por todo vestido, tuve que decirle al empleado del correo todo lo que le dije, por gestos y señas.

Yo he descubierto que el secreto para hablar el inglés consiste en cambalachear unas palabras por otras. Por ejemplo: ¿Quiéres usted pedir pan?; pues pida el *sombrero*. ¿Que se le antoja luego mantequilla? No tiene más que pedir las *botas*. Cualquier sirviente á quien usted le grite *¡Pepe!* le trae pimienta; y si lo que se

le antoja á usted pedir es queso, no se apure usted mucho, estornude y diga *¡chis!* y se lo traen volando. Cuando le falte la sal, no se ande corto y diga que le traigan, nada menos que el *sol*; y para que á uno le sirvan cacao (imiren que ocurrencia!), hay que decir que le traigan el *coco*.

A cualquier señorita á la más encopetada, la llama usted *miss*, como á los gatos, no se ofende; les dice usted que quiere ser su *lobo* y ellas no se asustan porque lobo quiere decir «amor». A la criadita del hotel le pregunto yo, así por pura chacota: chica, ¿tú me *lobas*? Y ella la muy pícara, siempre me responde *¡yeso!* Con las muchachas se practica muy bien el inglés. Pero eso si paisano, mucho cuidado en no mentar aquí piernas, aunque no es pecado el mostrarlas, sí es escándalo el nombrarlas. Aquí las piernas existen y no existen, son una cosa que es y no es, y por eso me figuro yo que las llaman *limbos*, de suerte que no puede decir usted que ha visto una pierna, sino que ha visto el *limbo*; y entonces nadie se alarma.

Al fin de cada semana me presentan en el hotel el borderó; aquí lo llaman *vil*. Si estoy corto de plata en ese día, me toco el bolsillo, ó sea el lado del hígado y digo tristemente *¡tumor!*, que quiere decir ¡mañana! Al carnicero lo tratan de *buche* y á los dueños de bodegas, de *groceros*. Le aseguro paisano, que aquí se vuela uno muy requeteordinario. Y si no, vea usted.

Para llamar á una persona, lo más natural sería decirle: «venga usted acá.» Pues, no señor; aquí se le grita: *¡comelón!* y... nadie se da por ofendido. Pero esto es nada. Si usted necesita en su cuarto, jabón, tiene que pedir *sopa*; de otra manera no le entienden aunque se desgañite, y si la camarera se ha olvidado de ponerle fósforos, hay que llamarla y preguntarle: «Por qué no ha subido usted esta noche los *machos*?» Los baules son *troncos*, los libros

*buques*, los guantes *globos*, y los calcetines *estoques*. Al suelo de las habitaciones se le llama *flor*, á los techos *kufos*, y á las casas para alquilarlas les ponen el *tolete*. Para esta gente el diablo es *débil*. Todo al revés, paisano.

Una sola cosa no he podido explicarme, y es por qué á los números se les han de dar aquí nombres de personas. Por ejemplo, al número uno le bautizan *Juan*, y al sesenta lo llaman *Sixto*; de manera que cuando va usted á contar sesenta y uno, tiene que decir: *Sixto Juan*. Ayer no más me reía yo oyendo sacar sus cuentas al cajero del hotel. En vez de decir: diez, dos, uno; diez, dos, sesenta; once, cartorce, decía: *ten, tú, Juan; ten, tú, Sixto; eleven el fortín*. Vuelvo á asegurarle, paisano, que aquí hay que usar las palabras como las medias, metiéndolas al revés.

Se me ha ido, paisano y amigo don Frutos, todo el tiempo en darle esta leccioncita de inglés, por si á usted se le ocurre algún día venir á esta cafrería blanca, en donde no se habla cristiano; y lo siento, porque tenía muchas cosas que contarle; pero aunque pierda usted hoy la sesión del Cabildo, leyendo esta larga carta, no quiero dejar de referirle mi primer viaje en ferrocarril, en el cual he visto cosas que parecen del otro mundo. Se mete usted en un wagón, le hace á usted señas un negro, muy uniformado, por supuesto; lo lleva á usted á un salón de caoba, á una especie de escaparate grandísimo, con muchos espejos, lámparas lindas y asientos de terciopelo; se sienta usted, sin saludar á nadie y sin que nadie lo salude, ni le hable, ni lo vea siquiera por curiosidad. Todo el mundo está como en misa; no se oye más ruido sino el bramido de la maquinaza aquella que lo lleva á uno en volandas, y pitando de cuando en cuando como un toro colosal. Paisano: sin exageración le digo á usted que aquella velocidad



parece una pesadilla. Los árboles del camino, las casas, todos los objetos los mira usted pasar como aventados por un cañón. Cuando siente usted que le pica el hambre, se va á otro wagón, que es el comedor, en que caben cuarenta personas, y allí le sirven por cuatro reales un banquete que no se lo come un huérfano; desde la sopa hasta la limonadita aquella sin dulce, en las escudillitas de vidrio. A la noche, le hace levantar de su asiento el mismo negro, y *pas contra pas*, en un pestañar le forman á usted una cama como para un obispo en visita. Aquello parece cosa de brujería. Y ya va usted á ver lo bueno. Me acuesto en mi cama muy orondo; y á poco siento que abren la cortina de damasco, ponen una escalerita por delante de mi cama, y sube á la cama de arriba, sobre la mía, ipaisano! nada menos que una joven más linda que un lucero. Saco yo la cabeza para pescar algo, como hacemos por allá en el Gredal cuando las muchachas suben al coro, y apenas había columbrado un tobillo, me grita el negro maldito: *idon't look!* y como yo no me llamo *don Lucas*, no hice caso y seguí mirando; cuando en eso *¡paff!* me da el condenado negro un gogotazo que me hace ver estrellas y me dice furioso: *¡stop!* Yo entendí que quería decir *estopa*, para hacerme creer que la famosa pierna que yo veía estaba rellena y no era natural. Entonces me indigné, y agarrando al negro por la estopa de su cabeza; le dí unos cuantos carramolazos contra la cama. la joven gritó *¡may Godo!* el negro chilló *¡ol rait!*; se despertó todo el mundo, cual era la *mater* y yo tuve que explicar, como Dios me dió á entender, que allí no había *máter* ni *páter*, sino un negro muy grosero que había dicho que aquella joven hermosa se rellenaba con *estopa*.

En mi próxima carta le seguiré refiriendo mis percances, querido paisano. Esta vez va por correo, y le

pongo tres obleas, para que no me la abran aquí, pues allá en el Gredal no hay temor, porque mi compadre el Administrador de correos no me abre las mías. Su paisano y cofrade que lo lastima y lastimará siempre,

SILVESTRE MONTAÑÉS

## Modas

(Para EL FÍGARO)

Pero, señor, ¿quién será el desocupado ó la desocupada que inventa las modas femeniles? Quisiera saberlo y disfrutar al mismo tiempo de las omnimodas de un presidente centroamericano para mandar al inventor á matar focas con los esquimales. Y lo que más me admira no es la variedad infinita de las extravagancias anuales, sino la docilidad ovejuna del mundo mujeril. ¿Que una *estrella* parisiense tiene una oreja encarrujada como un barquillo y para disimular se tapa con bandas de pelo el importuno apéndice? Pues al día siguiente todas las señoras del mundo se emplastan el cabello sobre los oídos, á modo de alas de pollo enfermo. Se pone de moda el Japón, y en seguida ¿qué mona señorita deja de ponerse *kimona* y de hacerse en la cabeza un rodete á manera de manga de incendios ó de corona fúnebre, más voluminosa que esas con que nuestros literatos acaban de desesperar á una familia doliente?

Un rey de Francia, que por sus enormes *cimientos* debió haber nacido en Alemania, obligó á la corte á gastar un calzado cuya punta encorvada llegaba casi á las rodillas; pero eso se explica: *¡Si j'etais roi!* Sin ir muy lejos, estoy seguro de que si aquí se le ocurriera á un Jefe de la Nación vestirse de morado, antes de ocho días el Palacio parecería un concilio ecuménico.

Pero ¿cómo explicar la sumisión de todo el mundo, ó mejor dicho, de la mitad más bella de él, á los caprichos de un cualquiera que ni es rey

ni presidente, ni siquiera persona de mediano gusto?

Una vez nos engatusaron con unas mangas más anchas que la conciencia de un cura liberal, y nadie dijo esta boca es mía, acaso porque las benditas mangas abrían el apetito, recordando con sus curvas y dimensiones los sabrosos jamones de Westfalia. Tras ellas vinieron unas tan estrechas, que los brazos parecían, según las carnes de la propietaria, ora rollizos embutidos de Extremadura, ora arrugados chorizos de Canossa. Los padres y maridos encontraron excelente dicha moda, por lo económica; no así las mujeres, que renegaban de ella al desnudarse; pues es más fácil desenvainar el oxidado sable de un militar costarricense, que sacar un brazo de aquella sedosa cárcel.

¿A qué seguir? Cuando se escriba la historia de las ridiculeces humanas, figurarán en primer término las modas de 1910! ¡Qué sombreros! ¡Qué chaquetas! ¡Qué faldas! Esos no son sombreros: son piedras de molino, ruedas de carreta, paracaídas ó kioscos de paja. ¡Fusilado debía morir quien los inventó! ¿Y los trajes? Será preocupación mía, pero yo les encuentro un aspecto tan fatídico, que las señoritas vestidas de color oscuro me parecen almas en pena, y cuando se reúnen en el parque de Morazán se me figuran un cortejo fúnebre que acompaña al cementerio el cadáver del buen gusto.

¿Quién tiene la culpa de tal estado de cosas? La docilidad carneril de los *masculinos*. Si los jóvenes se decidieran á formar una liga universal, obligándose á no otorgar su velluda mano á ninguna señorita vestida estrafalariamente, estoy seguro de que ganarían la batalla. Y ganaríamos todos. Inténtelo siquiera en favor del arte, aunque los comerciantes pongan el grito en el cielo.

C. GAGINI

## Necrológico

La Sociedad Costarricense está de duelo.

La suerte cruel no quiso tan sólo quitarnos Cartago, la más floreciente y antigua de nuestras ciudades, sino que, como para contemplar la obra nefasta y amargar aun más nuestro pesar, acaba de arrebatarnos á dos matronas estimabilísimas y dignas de aprecio, doña Ada v. de Fernández y doña Josefa de Peralta.

Ambas eran orgullo y timbre de nuestra Capital; doña Ada no fué solo la compañera virtuosa de hogar, del inolvidable patricio Licenciado don Mauro Fernández, sino también una asidua é inteligente colaboradora de esta eminente personalidad. Su vida no tuvo más que un fin, hacer el bien y su corazón un sólo gran sentimiento, la Caridad. La practicó como se debe, sin ostentación y desinteresadamente.

Doña Chepita á su vez, fué el santuario de su familia, en el que se depositaban todos los efectos, todas las ternuras delicadas de una esposa modelo y de una madre sin igual.

Al consignar hoy, en esta Revista, tan aciago acontecimiento, enviamos á las familias dolientes nuestra expresión de profundo pesar.

## Chispazos

¿Qué triunfas por tu belleza?  
No me digas, dulce Emilia,  
triunfas porque usas LIDILIA  
y á veces el suave ALTEZA  
de la casa de Rigaud.

\*\*

Cuentan que la Argentina  
llena de calvos se hallaba  
y por inspiración divina  
la calvicie fué curada  
con el uso del RHUM QUINA.

\*\*

**La EMULSION DE SCOTT**  
jamás daña el estomago como acontece  
con las otras emulsiones

«No tengo inconveniente en hacer constar que he usado siempre con éxito la Emulsión de Scott en el tratamiento de las afecciones tuberculosas. Los pacientes pronto se acostumbran al buen sabor de este preparado, que por no contener creosota, guayacol, ni ninguna substancia irritante, jamás altera las vías digestivas y sus efectos curativos son siempre pronto y seguros.»—Dr. Francisco A. Herrera, Lerdo, Dgo., México.



# LUIS ANDERSON

ABOGADO

Despacha nuevamente en su Bufete situado en las Arcadas  
frente al Teatro Nacional



RAMON ORTIZ E HIJO

SUCESORES

## EL GREMIO

Almacén de Abarrotes al por mayor. Surtido completo

Fábrica de jabones LA NERJEÑA

ANTONIO URBANO Y C.<sup>a</sup>

Situados al lado  
Norte del Mercado

San José de Costa Rica